

KRISS

Año I

Núm. 38

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: T. 75536

Madrid, 10 de noviembre de 1937

REVISTA
DE GUERRA

Director:
Miguel Torres

SUMARIO

España.—El arte en la guerra.—Sección literaria.— Conferencia de oficiales.— Estampas al margen de la guerra.—La sexta columna.—¡Traidor!, etc., etc.



¡Heridos!... ¡Convalecientes! Hombres que esperan con impaciencia la curación para lanzarse de nuevo al combate.

(FOTO ZAMORANO)

Ayuntamiento de Madrid

Madrid sigue, después de un año de acoso, siendo el pueblo más maravilloso del mundo. El temple tenido durante el año que lleva soportando la metralla extranjera sigue exactamente igual que en aquellos en que la aviación y la artillería facciosa sorprendieron brutalmente a este pueblo, que no tiene punto de comparación con ningún otro del mundo.

Madrid sigue dispuesto a resistir hasta conquistar la victoria.

¡TRAIDOR!

El sol de Andalucía caía a plomo sobre la tierra, amenazando derretirla, pero en el patinillo del señor Rafael, administrador del cortijo, no cabía el calor. Dentro de sus reducidas dimensiones había un aljibe de fresca agua, unos naranjos que cubrían de sombra sus losas y un enjambre de tientos de geráneos y claveles, que comunicaban un delicioso bienestar al ambiente; en las paredes, una docena de jaulas de jilgueros y canarios, y en la reja del comedor, una enredadera de capanillas en flor.

En este reducido mundo era feliz José-María, en su oficina de la administración de la finca, con sus diez y ocho años juncales y con su novia Paloma, hija única del señor Rafael; nada enturbiaba su vida, nada más que el sagrado recuerdo de sus padres, que hacía años habían emprendido la postrer caminata.

Un buen día de aquel verano se recibió una carta anunciadora de la llegada del hijo del amo, que iba a pasar la vacación en el cortijo; hubo limpieza concienzuda y arrebatos mujeriegos, se encaló todo, por dentro y por fuera, y a las pocas fechas la presencia en la casa de un señorito, cadete de una Academia militar, que pasaba el día galopando por la dehesa, cazando en el coto, y las noches, de punto fuerte en el casino del pueblo.

Nada, al parecer, había alterado el ritmo de aquellas vidas, de aquellas faenas sencillas, cuando una noche, al retirarse a descansar José-María, después de tomar café en el bar de la plaza, vió en la ventana de su Paloma, al señorito Manolo. El espejuelo del uniforme, la chulapería del señor que tira los dineros a espuestas y la conversación fácil del Don Juan de ocasión, pudieron más en el corazón de aquella pobre chavala, que el cariño y el respeto profundo de un hombre honrado. Aplanado por el mazazo terrible de aquel dolor, que derrumbó en un instante todas sus ilu-

siones, quedó José-María pegado a la pared, insensible al tiempo y a cuanto le rodeaba, sumergido en un caos de malos pensamientos en la zona negrísima de sombra de aquella noche. Sólo reaccionó cuando el hombre dejó la reja y se cruzó con él; entonces, de un salto de tigre, se puso a su lado y lo abofeteó con saña, con malsana complacencia, hasta que el maltrecho conquistador huyó cobardemente, incapaz de defenderse contra la razón y la hombría. Quedó solo José-María, en medio del arroyo empedrado de asperos guijarros, y su garganta rompió en quejumbrosos sollozos, y de sus ojos saltaron dos lágrimas de rabia, quemantes, ardorosas, que cayendo lentamente por su faz, fueron el silencioso acompañamiento que su corazón hizo en el entierro, para siempre, de aquella mujer.

Han pasado seis u ocho años. José-María, huyendo del cabo del puesto que lo buscó para castigar *el horrible delito* de haber pegado a un señorito, vino a Madrid; trabajó con ahinco y estudió con más fe, y está situado: gana un buen sueldo como empleado en un Banco.

Una noche, después del teatro, entra en un café de postín. Enfrente de su mesa, una mujer fuma displicente, con gesto de hastio su cigarrillo rubio; es *su Paloma*, que ahora se llama *Mucha*. Se reconocen, y, reunidos, hablan de cosas indiferentes. ¡Qué bonita está! Su cuerpo jarifo es una invocación escultórica; las carnes de porcelana lechosa, dejan transparentar el dibujo de las venas; el pelo, de reflejos azulescos se trenza en un peinado complicado, y la luz de los focos se quiebra en la triangulación de los ojos negrísimos y profundos; la blancura inmaculada de los dientes y en las gemas de las sortijas carísimas. José-María siente el arte en el fondo de su alma y se recrea en la contemplación de aquella gran mujer, pero

nada más; él ya le hizo su entierro y los muertos no vuelven.

Días de julio; camiones cargados de hombres que van a la lucha; cantos en las gangartas del pueblo y maldiciones en todas las bocas y en todos los corazones para los traidores. José-María ha hecho lo que todos: subirse a un camión y luchar por la libertad. Ha estado herido en Campamento, en la Sierra y en otros frentes. Por su cultura y su valor sereno ha llegado a ser comandante de una Brigada.

Fasan los meses con la lentitud aplastante de la crueldad de la guerra, y el improvisado militar cada vez se compenetra más con su nueva profesión, traducida en éxitos constantes.

Se ha tomado, a costa de entusiasmo y heroicidad, una posición en donde el enemigo estaba fuertemente atrincherado, y hecho prisioneros a la guarnición completa. Las últimas luces de la tarde terminan a la vez que el fragoroso ruido de la lucha; todo vuelve a una calma casi completa, que sólo se perturba de vez en vez por el estampido de algún disparo suelto. En el puesto de mando, José-María descansa de la jornada y se dispone a interrogar a los prisioneros; el primero en pasar es el oficial que mandaba las fuerzas. Al llegar junto a la mesa se cruzan las miradas, y hay algo que revuelve la conciencia y el pasado de aquellos dos hombres; el militar es el señorito aquel que le robó la novia. Con un movimiento instintivo, rápido, José-María, obedeciendo a un reflejo de su impulso, se lleva la mano a la pistola; pero la mano queda agarrotada y el impulso paralizado ante algo inexplicable. Al poco renace la serenidad en su rostro, y mientras el oficial faccioso solloza torpemente el remordimiento de todas sus traiciones, José-María prende un pitillo, y su mirada, tranquila y limpia como su conciencia, se pierde en el infinito.

G. R.
Comisario.

Escenas de la vida moderna

Ritmo y sutilezas de esta vida en Madrid, 1936

(Esta obra es de Martos Mayor, compañero caído para siempre en el frente.)

Habitación comedor de la casa de don Gaspar Diéguez; puerta en cada lateral. En el foro, un balcón, con visillos echados; mesa de ocho sillas; trinchero moderno, con vajilla bandejas, cubiertos, etc. Lámpara central de luz. En el lateral izquierda hay un aparador auxiliar, sobre el que hay una radio, una máquina de coser; dos cuadros al óleo de personajes antiguos; un centro de mesa.

(Al levantarse el telón, están sentados a la mesa, don Gaspar y doña Manolita.)

DON GASPAR. — Siento que te hayan dado la noticia. Pero, ¿por qué te asustas tanto?

DOÑA MANOLITA. — Por él. Estoy horrorizada. ¿Qué le harán a mi hijo? ¿Lo que estará pasando en un calabozo insano! ¿Si le estarán maltratando? ¡Oh, Dios mío!

DON GASPAR. — No lo creas así; esos calabozos no existen ya en las cárceles modernas. No debes ser tan sensible. El lo ha querido; bastantes consejos le hemos dado. He hecho por él todo lo que un padre consciente de sus deberes para con sus hijos puede hacer para que sea un hombre honrado y de provecho. No ha querido imitar mi conducta, ¡peor para él! Ya está pagando las consecuencias de la que él se ha trazado.

DOÑA MANOLITA. — Sí; tenemos culpa, Gaspar. ¡Nosotros, con nuestra intransigencia, negándole su casa y nuestro cariño, lo hemos lanzado con sus ideas al torbellino de los que nada tienen y lo buscan con el instinto del hambre!

DON GASPAR. — ¡Eso faltaba, que trataras tú de disculparlo! ¡No tiene disculpa ninguna, él menos que otros! Y se ha acabado. No hablemos más del hecho, pues no te conviene impresionarte tan profundamente; tu salud no está para estas cosas. ¡Mira como él no lo ha tenido en cuenta!

DOÑA MANOLITA. — Pero, ¡por Dios, Gaspar! ¡Es nuestro hijo! Tenemos que ayudarlo, es nuestra obligación, hay que hacer algo por sacarlo de ese infierno. ¿Lo vamos a dejar que se muera en una celda? (Y doña Mano-

lita, sin poder contenerse, gime, haciendo esfuerzos por contener su angustia y sus lágrimas con un pañuelo que las enjuga.)

DON GASPAR. — Eres demasiado impresionable, Manolita. ¿Hizo tu hijo alguna vez caso de tus súplicas y de tus lágrimas? ¿Hizo caso de mis reprimendas y de mis consejos? No, ¿verdad? Pues justo pago a su mal comportamiento y a su modo de pensar: ¡la cárcel!

DOÑA MANOLITA. — ¡Oh, oh, Gaspar...!

DON GASPAR. — La cárcel, sí; en ella aprenderá lo que valen las lágrimas de una madre y los consejos de un buen padre. ¡Y lo que es un hombre cuando no es honrado!

DOÑA MANOLITA. — ¡Si tú no le ayudas, lo haré yo!

DON GASPAR. — No seas vehemente y déjate de arrebatos infructuosos. ¿Piensas que no me duele mi hijo? Sí; me duele que sea hijo mío. Además, no cometerás una vez más otra de tus imprudencias, ¿qué dirá la gente de nosotros? Me está desprestigiando entre mis compañeros, ahora que necesito más autoridad que nunca... Con

¡ARAGON!... ¡ASTURIAS!

(Del periódico mural Metralla Roja.)

Aragón, con mirar de estudiantina,
va abriendo sus corazones,
al compás de los cañones,
a la masa de Agustina.

Dentro de su gran nobleza
brillará nuestra bandera,
mientras Asturias, altanera,
conserva la gran belleza,

de nuestro gran ideal.
¡Compañeros! No medrarse;
no luchar para morir...

Luchar para conquistar
nuestro rojo porvenir,
símbolo de Libertad.

ALFONSO LOPEZ MUELA

LUCHAMOS POR LAS REIVINDICACIONES DEL PROLETARIADO, Y NO PODEMOS DEJAR DE VENCER.

Ayuntamiento de Madrid

tus flaquezas y tus mimos has hecho de él un ser caprichoso, ordinario, sin pizca de moral, y sin lo más elemental en los hijos bien criados: respeto a sus padres.

DOÑA MANOLITA. — ¡Nunca ha dejado de respetarnos! Sólo que tú no lo has entendido o no has querido entenderlo, ¡es tu carácter tan distinto al de él!

DON GASPAR. — ¿Su carácter?, ¡bah! Crees que el carácter es una cosa que lo tiene cualquier crío mal educado, con malas ideas, despreciando y detestando lo más sagrado para todo hombre bien nacido: su Patria. Es uno de los que no conocen patria ni fronteras... ¡vaya carácter y vaya ética!

DOÑA MANOLITA. — Yo no hubiese querido que mi hijo pensase como piensa, de eso no tengo culpa. Lo quiero como a mi hija, con un cariño santo para que lo supieran apreciar y fueran nobles y sentidos. A pesar de la disparidad de criterios de mis dos hijos, me consta que son tan nobles el uno como el otro.

DON GASPAR. — ¿Cómo puedes hacer semejante comparación? Crees que Celita, de natural bondadoso, de alma angelical, educada con religiosidad, puede compararse siquiera al memo, al imbécil, al trastornado Luis de tu alma!

DOÑA MANOLITA. — ¡De mi alma, sí, Gaspar, como lo es ella! Todo lo que yo de joven he soñado, todo lo que he deseado de novia y después de casada para ti, lo deseo y lo quiero para ellos. Con todo mi cariño y con el mayor esmero he educado a mi hijo, dentro de la más estricta moral y delicadeza, porque él era un niño y yo soy su madre. (Y como si le estuviera hablando al niño, cuando éste vistió su primer traje de hombre e hizo sus primeros años de bachillerato, iba diciendo.) Has de colmar nuestras ambiciones, tú, Luisito, y nuestros anhelos. Todo lo que tu padre no haya podido ser, con lo mucho que ha sido y será, lo has de conseguir tú, para su orgullo y para mi satisfacción. Sí, mamá—me contestaba—. ¡Yo llegaré a Ministro!

DON GASPAR. — (Conmovido, pero sobreponiéndose.) ¡Vamos, vamos, Manolita, que acabarás por ponerte mala! Hablaré con el Director General, para que lo trasladen a una celda mejor. También pediré una autorización para que se le pueda llevar la comida de casa y para que puedas ir a verle a menudo.

TELON

AMETRALLADORAS

Debido a las propiedades que reúnen, tanto en el combate ofensivo como en el defensivo, la principal arma de fuego de que dispone la Infantería son las ametralladoras. La potencia, rapidez y eficacia de su fuego proporcionan en infinidad de casos resultados decisivos y satisfactorios en la marcha del combate. Pero para que estos resultados sean los apetecidos, es necesario que tanto los que las manejan como los que las dirigen, lleguen al conocimiento exacto de lo que pueden esperar de este arma; y, por consiguiente, a su estudio habrán

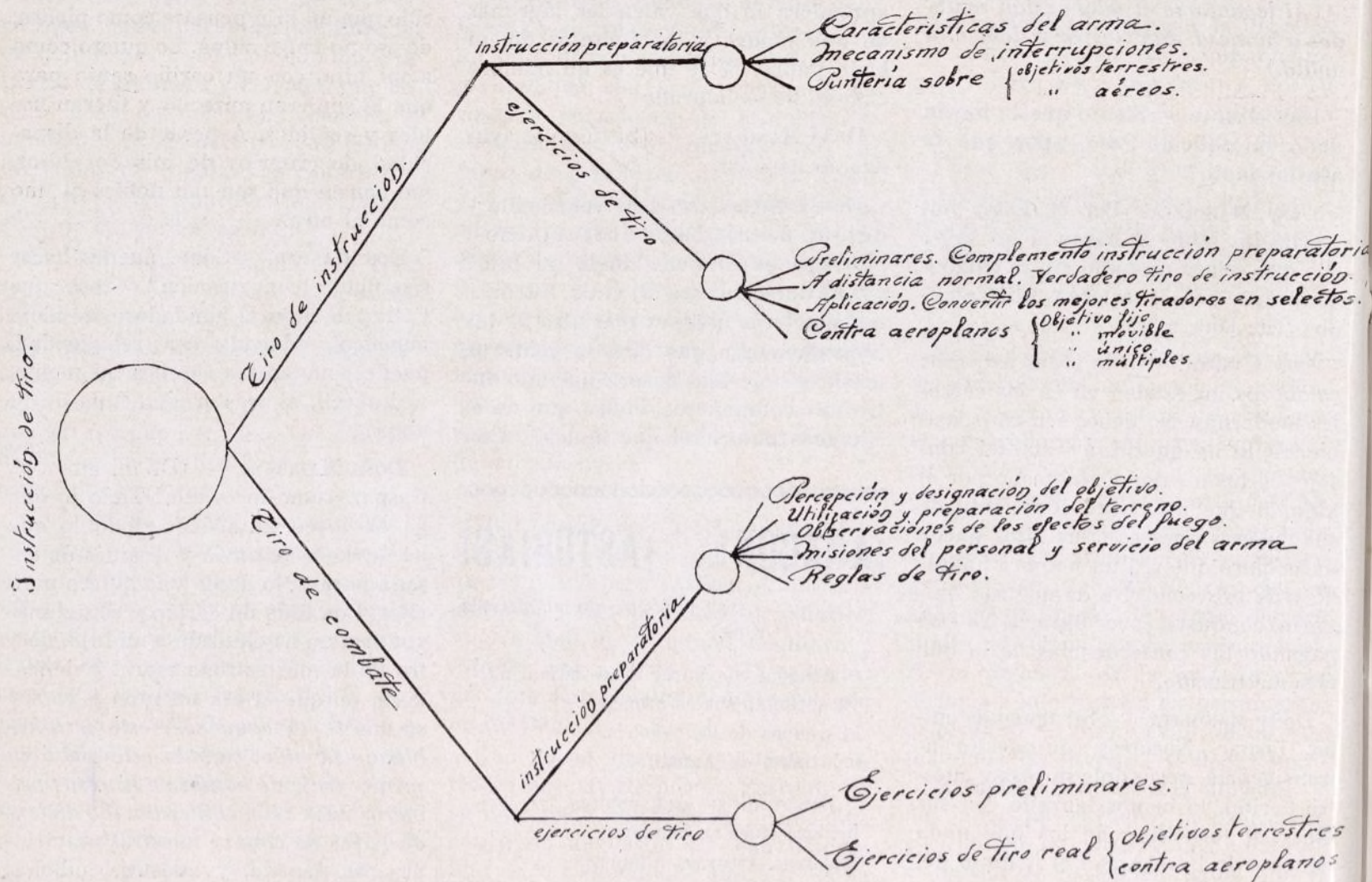
de dedicarse con verdadero ahinco.

Fácilmente se comprende la necesidad de capacitar a los sirvientes de ametralladoras con objeto de que puedan adquirir una sólida, perfecta y completa preparación. Esto se consigue, como es natural, por medio de la instrucción; pero para llevar a efecto la misma, necesariamente habremos de sujetarnos a un plan determinado, plan que, al mismo tiempo de ser sucinto y breve, precisa ser concreto y práctico.

La instrucción de tiro de ametralladoras podemos decir que comprende

dos partes: tiro de instrucción (que a su vez se divide en instrucción preparatoria y ejercicios de tiro) y tiro de combate, que asimismo abarca la instrucción preparatoria y ejercicios de tiro. Como la ametralladora también puede defenderse por sí misma de los aeroplanos que la ataquen o la observen, una parte de la instrucción la dedicaremos al estudio del uso de esta arma para estos casos.

El presente gráfico nos representa los diversos apartados que comprende la instrucción de tiro y el orden por el que debemos llevarla a efecto.



Si bien, como queda demostrado, la instrucción para el tiro con ametralladora es la base principal que se precisa para obtener un rendimiento adecuado, hay otras cuestiones que no porque vayan en segundo término son de menos importancia. Tal ocurre con el consumo.

Sabido es que se admiten tres tipos de consumo: el lento, el normal y el acelerado. Cada uno de ellos tiene un gasto de municiones distinto, y para cada uno de ellos también ha de guar-

darse un régimen de fuego diferente. El siguiente cuadro nos demostrará

claramente todos los detalles inherentes a este apartado.

Consumo	Disparos por minuto	Cargadores por minuto	Alternancia	Clase de tiro	Régimen de fuego
Lento.....	30	1	8'	Alternativo	5" fuego. 25" silencio.
	60	2	4'	"	5" " 10" "
Normal.....	120	4	2'	"	10" " 5" "
	150	5	1'30"	"	25" " 5" "
Acelerado...	240 a 360	8 a 12		Simultáneo	

Aun cuando en la práctica estas reglas de consumo no pueden realizarse

de forma regular, conviene ajustarse a ellas lo más posible dentro de lo

Estampas al margen de la guerra

La costa levantina

I

Tan pronto arranca el tren de Valencia para Barcelona se observa en los rostros de los viajeros un gesto de satisfacción, como si la influencia del paisaje tomara estado anímico en el corazón transmitiéndoles el optimismo que la exhuberancia fertilizante del mismo riega por la inmensa llanura levantina.

La alfombra verdosa de naranjos que se extiende a uno y otro lado de la línea férrea, pone una nota melodiosa en la monotonía gris de esta tarde otoñal y dominguera, cuyo preludio suena en los andenes de las estaciones al paso del convoy. Este avanza cauteloso y jadeante, como si receloso de un extraño peligro avizorase allá en la lejanía de la superficie de las aguas la silueta macabra de un barco pirata que esperase su aparición para regar la muerte y el espanto en la carga de su ristra de vagones donde apiñados viajan sufridos combatientes que para disfrutar unas horas de descanso han de soportar pacientemente las abrumadoras molestias de un viaje incómodo e interminable.

La cara de estos heroicos defensores de la Patria y de las Libertades, contrahecha por una mueca imperceptible de estupor y cansancio, acentúa el rictus grave al sentir sobre ellos las miradas curiosas mezcladas con salpicaduras de ironía veladas en frases cortadas por la risa, acompañadas de gestos escudriñantes.

Apenas Febo declina por las crestas de Poniente dorando las copas de los árboles con su melancólica sonrisa, decrece el bullicio juvenil y otease allá en la lontananza del Orto la opaca faz de la Luna que ruborizada por el galanteo y despedida del Sol, yérguese lentamente sobre las sombras de la noche, como si estuviera enamorada y pretendiera seguir con su mirada la carrera vertiginosa del galán huido.

A la vista del mar en estas horas vespertinas, elevase el alma, y extasiándose en la contemplación de las culebrillas de plata que se dibujan en la superficie del antro frío, sueña en la grandeza del espectáculo y no puede sustraerse a la remembración de hechos grabados en la memoria que semejan fiel interpretación, como si una cámara fotográfica se volcara de momento con las copias de las escenas recogidas.

Damos vista al castillo del antipapa Luna, que como gigante en el desierto extiende su sombras sobre las masas olas de la rada; pienso en Espronceda y quisiera poseer como él una imaginación ardorosa para arrancar al silencio unas estrofas poéticas y lograr emularle. Creo firmemente que él presenció esta maravilla de la Naturaleza que se borra todos los días y se repite cada noche en los albores de la Luna, cuando escribió aquella inspirada poesía que denominó "El Pirata" y encajó tan magistralmente el reflejo al decir "La Luna en el Mar riela", que si no fuera el temor de caer en la imitación ridícula también yo lo dijera.

Avanza la noche y el tren parece una sierpe gigantesca que arrastrase su pesado cuerpo entre las sombras para ocultarse. El constante zig-zag y en cada aparición de las aguas que en su oleaje parece querer arrastrarle, semeja un niño mimado y miedoso que huye de la impresión húmeda del baño.

Llegamos a la heroica Tarraco y en la penumbra, al tenue fulgor de sus bombillas eléctricas, el Balcón del Mediterráneo parece que ensancha los dilatados horizontes, y a su siniestra, el Castillo de Pilatos se yergue majestuoso como desafiando al tiempo y al mar a estrellarse en la dureza de sus rocas, como feudal milenario e invencible que eleva la frente de sus torres retadoras y altaneras diciendo al ignoto fluir la fortaleza y resistencia que

su solidez enseña a los hombres para que se mantengan como él puros y firmes venciendo todas las inclemencias y adversidades.

Reclinado en la baranda del Mirador pienso en las luchas históricas, miro al interior de la ciudad y la veo rota en sus arterias por la metralla fascista, un estremecimiento de frío hiela mis venas, echo a andar sin rumbo fijo calle adentro en tanto mi corazón palpita de odio y mi cerebro coordina un anatema contra los asesinos de España.

Cuando acabe esta lucha estúpida, que traidores y espúreos abrieron, resurgirán en las ciudades gloriosas los laureles del triunfo y serán nuevo emporio de riqueza, porque el corazón del pueblo laborioso hará fructificar este sacrificio y cimentará el porvenir en base sólida de amor y trabajo.

Las mansas aguas del puerto silencioso han contagiado mi espíritu, que parece haber quedado prisionero en esta inmovilidad con los puños crispados; contemplo el cielo azul surcado por ligeras nubecillas, que, haciéndole caricias a la luna, vuelan hacia Oriente como indicando la nueva aurora, presagio de paz y de alegría; amanece y una cortina roja como mi esperanza baña el espacio: los pajarillos entonan sus armónicos cánticos saludando al astro rey, y yo, embriagado en mis meditaciones, corto un ramo de almendro que empieza a echar nuevos brotes, y al contemplarlo con el tornasolado reflejo digo: como vosotros, tiernos capullos que nacéis a la vida sin intimidaros las heladas crudas del invierno, seremos nosotros, los soldados del Ejército de la República, y como vosotros, también venceremos y saldremos triunfantes con el fruto precioso que la Humanidad exige, haciéndonos dignos de sentirnos hombres.

HERGOTO

HAY QUE FUNDIR LAS CONCIENCIAS ANTIFASCISTAS EN UNA SOLA, QUE NOS LLEVE ANTES A LA CONSECUCION DE ANIQUILAR AL FASCISMO :-: :-: :-: :-: :-:

que permitan y aconsejen las circunstancias.

Las clases de fuego que realizan las ametralladoras, la clasificación de las distancias de tiro, las reglas de tiro y cuantos datos se conocen para el

mejor empleo de este arma, no solamente es conveniente que se conozcan, sino que es preciso que se aprendan a la perfección.

No debemos olvidar que la ametralladora es el arma que mayor rendimiento proporciona a la Infantería en el combate; y de ahí que, insistentemente, se recuerde que se debe una especialísima atención en cuanto se relacione con la misma.

AYEGU

Ayuntamiento de Madrid

SECCION LITERARIA

Por R. TOVAR CORONADO

EL GRAN INVENTOR

(Cuencillos de mi tierra)

I

Era una noche del mes de junio, de esas plácidas y serenas, en que el ambiente está perfumado por el aromático efluvio que en suaves emanaciones exhalan los viñedos en plena lozanía y los limoneros en flor. La luna, en su plenilunio, desleía su blanca luz por las tortuosas calles de la aldea, dando una claridad de misterio al reflejar sus rayos de plata en las enjabelgadas paredes de las humildes casas y en los silenciosos balcones por entre cuyos enmohecidos hierros asomaban sus cabezas en tropel opulentos claveles y margaritas blancas. En aquella aldeita humilde situada en un rincón apartado de Andalucía junto a la risueña costa mediterránea que borda en blancos cretones la espuma del oleaje del luminoso mar, al sonar las diez de la noche ya no se oía en la calle el eco de una palabra, ni el rumor de unos pasos, ni por el resquicio de ninguna puerta se escapaba, anunciando vida, un rayo de luz.

Trabajadores del campo sus habitantes, apenas la frugal cena era terminada, cuando cerrando sus puertas y afianzándolas con cerrojos y trancas, entregábanse al reposo para poder madrugar al siguiente día. Sin embargo, esta noche, rarísima excepción, por las entreabiertas puertas de la taberna escapábase jaranero un claro rumor de risas, alegre chocar de copas, murmullos de discusión y rasgueos de guitarra, esa algarabía, en fin, bullidora y saltante que como sello que las distingue llevan los preliminares de las parrandas. Aunque no era día festivo, algunos mozos del pueblo, los fiesteros de más fama hallábanse allí reunidos con el propósito alegre de salir en la madrugada a dejar coplas de cariño junto a las ventanas de las mozuelas. Mas no es esta parranda como de ordinario acontece, un movimiento espontáneo, un deseo general de la alegre juventud: para entrar en pormenores, oigamos lo que hablan.

II

Tiene ahora la palabra un moreno-

te cenceño, de viva luz en los ojos, a quien todos conocían por Miguelico.

—Yo, siendo Pepe López—decía, plantado en medio del corro—, dejaría esta parranda para mejor ocasión, no porque me dé recelo de llegar a cantar coplas a la ventana de María Ramona, ni por temor a que Salvador se presente, como es seguro, para impedirlo; sino por el desasosiego que hay en el pueblo, temeroso, con razón, de lo que en la parranda pueda ocurrir. No le he temido nunca a nada—continuó jactancioso—, ni he tenido en jamás el menor rozamiento con Salvador, pa sabé si en la pelea es valiente u flojo; pero la verdad sea dicha; me repuna lo de esta noche ¿Me oyes tú bien, Pepe López? Que tú le quites la novia, que tampoco es cosa cierta, porque median intereses y porque así te lo arreglen, bueno; pero que por las palabras de esta mañana en la plaza te hayas ostinado tú en cantar esta noche junto a su reja así como por hombrada, eso sí que no está bien; es decir, que es un alarde provocativo que ni a la misma María Ramona puede gustar, aunque el otro sea tan prudente, que no será, que nos deje cantar tranquilos.

—Esa es una verdad más grande que un templo—dijo a este punto Pepico Santos—. ¡Buena risa tiene el mozo para que tú le quieras hacer cosquillas!

—He dicho ya muchas veces—replicó Pepe López con trémula voz y lleno de ira—que lo que se trae Salvador no son más que fanfarronadas y que la parranda sale esta noche, aunque, si se niegan ustedes a acompañarme tengo yo que ir por guitarristas y cantaores a los propios Verdiales. Pero como aquí no hay ningún cobarde—añadió en un tanteo diplomático— y además yo garantizo que no puede ocurrir nada, vamos a la calle a empezar la fiesta, porque yo estoy decidido a ello, pase lo que pase y venga lo que viniere.

—Que ná bueno pué vení—terció “Antoñico el compadre”, desliando de sus dedos la lustrosa y larga cinta de los platillos—. Seguros estamos tós—siguió en tono persuasivo—de que como a Salvador se le

ponga esa idea en la frente, en la puerta de María Ramona no suena la guitarra esta noche...

—Eso mismo creo yo—corroboró Pepe Aponte, aportando un razonamiento a la discusión—. El pueblo entero arde en vivos comentarios sobre lo que sucedió esta mañana, y en este mismo instante, aunque las puertas estén cerradas, hay muy pocas personas que duerman, como si esperasen de la parranda algún suceso desagradable.

—Yo, por venir—dijo Joaquín Vázquez—, dejé a mi abuela llorando, y hasta puedo asegurar sin temor a equivocarme que estará en estos momentos con el oído pegado a las tablas de la puerta, esperando que se confirmen sus desastrosos presagios.

Tiene razón Joaquín Vázquez—acentuó con su simpatía Joseito el de Mariana—.

—Y como a tós mos pasa lo mismo—añadió Jacinto González, el bizco de mejor sombra que come pan en toda la provincia y que por sus famosos golpes de gracia era siempre indispensable en toda reunión fiesterá—, me parecía lo mejó, no por nosotros, porque nuestra piel, bien mirao, no va a servi pa corambres, sino por el asosiego de las familias, que apuremos la botella que hay comenzá y tomemos la del humo, que días vendrán y con ellos noches que las pasemos enteras cantando coplas bonitas en la puerta de tu novia.

—Lo que me parece a mí—arguyó Pepe López de mal talante—es que para tanto retroniqueo era mejor haber dicho antes que no venías; pero basta de discusión. ¡La parranda saldrá! El que quiera acompañarme que venga, y el que tenga temor que se ausente; franca está la salía...

III

Se cruzó entre los mozos rápidamente una mirada inquietante, de viva luz interrogadora. Mal disimulado por la serena apariencia y la forzada sonrisa, se les conocía a todos el resquemó de un deseo imperioso, hondo, firme, unánimemente sentido; mas no tuvieron tiempo de hablar palabra porque ya Pepe López estaba entre ellos, y en plan de realizaciones se dirigió al tabernero, a quien dijo de este modo:

—Sirve, Bernardo, un par de botellas más y cóbrate el gasto—y sacando la cartera, tiró sobre el mostrador diez duros en un billete—. Ahora, muchachos—continuó—, como son ya las tres y media, a la parranda vamos; si alguno de vosotros no quisiera venir, que se quede, que yo no lo tomo a mal. Si en mis manos estuviera componer la fiesta solo, lo haría, para demostrar a ustedes y a todo el pueblo que yo no le temo a nadie, ni mucho menos al farolero de Salvador.

Y con varonil arranque de una grotesca ridiculez, porque todo su valor era de dientes afuera, se lanzó a la calle resueltamente, seguido de los mocitos, que más se asemejaban en aquel trance a los acompañantes de algún entierro que a los protagonistas de una parranda.

IV

El astro de la noche, en su plenilunio, mostraba al silente pueblo su rostro ingenuo y melancólico velado a largos intervalos por fugaces nubecillas, bañando en luz de misterio las tortuosas callejas de la aldea, cuyo silencio profundo sólo se turbaba de vez en vez por las estentóreas voces de los valientes gallos madrugadores llamando al día. La casa donde vivía María Ramona, cerca de la taberna, dormía bajo la amenaza de un siniestro paredón que, espectro de la noche, esparcía su medrosa sombra por la solitaria calle. Cuando los mozos se aproximaron, paráronse irresolutos junto a los viejos tapiales, en un momento solemne de incomprensible temor. ¡Oh, con qué inusitada alarma les latía el corazón! ¿Qué era lo que presentían? ¿Qué negros presagios eran aquéllos? ¿Dónde estaban los bríos de aquéllos jóvenes, tan esforzados siempre? Hermenegildo, inquieto y receloso, daba a la guitarra las últimas notas de afinamiento mientras “El Compadre”, con los platillos, liada ya a sus dedos la larga cuerda, esperaba la señal para dar al aire sueltos sus repiqueteos metálicos. Iba a comenzar la fiesta, cuando unas fuertes pisadas que el silencio de la noche convertía en pavorosas, hizo acrecer en los mozos su inexplicable temor. La luna que desde el cielo contemplaba esta graciosa escena, reía y reía plácidamente, derramando su callada risa en una copiosa lluvia de blanca luz, paróse a este punto tras el recio cortinón de una oscura nube, haciendo así más tenebroso y más grave el embrujo de la noche... Un bulto negro que resueltamente avan-

zaba por la pendiente calle, pareció a los azorados mozos algún vestiglo, y no sabemos qué determinación hubieran tomado—ciertamente la de huir—si uno de ellos con más serenidad o con más miedo, no advirtiese a los demás, con alegría mal encubierta, que era una caballería lo que con tan raro estruendo avanzaba. Era, en efecto, uno de los arrieros de los caseríos aledaños que, próxima la vendeja, transportaba cajas vacías aprovechando la frescura y claridad de las noches para este trabajo, evitando así los rayos del sol, más ardorosos y más molestos en la larga y polvorienta carretera.

V

Cerciorados los mozuelos del poco peligro que en ello había dió el tocador la señal, y arrancando de las sonoras y armoniosas cuerdas de la guitarra un rasgueado fandango vibrante de motivos y falsetas punteadas, entró por el callejón la inquieta parranda, a la que Gerardo quiso dar un poco de alegría garganteando con su voz elegante y garbosa la siguiente coplilla de avandolao:

Hasta el sol apasionado
de tu hermosura serrana,
te manda un rayo dorado,
que va a dar en tu ventana
un beso de enamorado.

A la copla de Gerardo se engarzó llena de brio esta parrandera del gran “Pilocho”, que era un creador de estilos:

A mi corazón que es niño,
le echaste con tu esplendor
fuertes lazos de cariño
y estrechas mallas de amor.

Iba ya a salir con otra Bernardo Santos, otro cantador notable, cuando de pronto, una detonación formidable dejó apagada en sus labios la grata voz. Los primeros momentos que siguieron al trueno fueron de una confusión horrorosa; confusión que fué aumentada por unos tristes lamentos y unas imprecaciones terribles a más de un terrible estruendo de carreras y golpes que los espantados mozos percibieron bien claramente sin acertar con lo que sería... Y fué que, ¡oh, pícara curiosidad!, el arriero que acertó a pasar cuando la música parrandera comenzó su concertada marcha, echando al cuello el ronزال de su caballería paróse a escuchar las coplas tan sugestivamente garganteadas, cuando al sonar el gran estampido, la mula, con fiero espanto, roció al pobre arriero por los duros guija-

rrros de la calle y emprendió veloz carrera chocando con las cajas en las paredes, por lo que entre arriero y cabalgadura formaron a que el extraño concierto de lamentos y golpes, voces y estruendo que a los espantados mozos asombró más y más... Pero no estaban los ánimos para pararse en averiguaciones. Unos cuantos parranderos fueron en vertiginosa huida a dar con sus cuerpos cerca del “Pozo Airón”, a medio kilómetro del lugar. Por el estrecho callejón del Cura iban como sombras otros, seguidos del terrible bravucón de Pepe López, los cuales, con otro grupo que les llevaba la delantera, no pararon hasta llegar junto al chorro susurrante de la poética “Fuentecica”, fuera del pueblo. Allí, en apretado corro, Pepe López corrido de vergüenza y lleno de ira, lamentábase quejumbroso de la poca serenidad que en aquel lance habían tenido. Pero “Antoñico el Compadre”, que en los momentos más serios sabía poner comentarios con indiscutible gracia afirmó jocosamente como en justificación de la cobarde fuga:

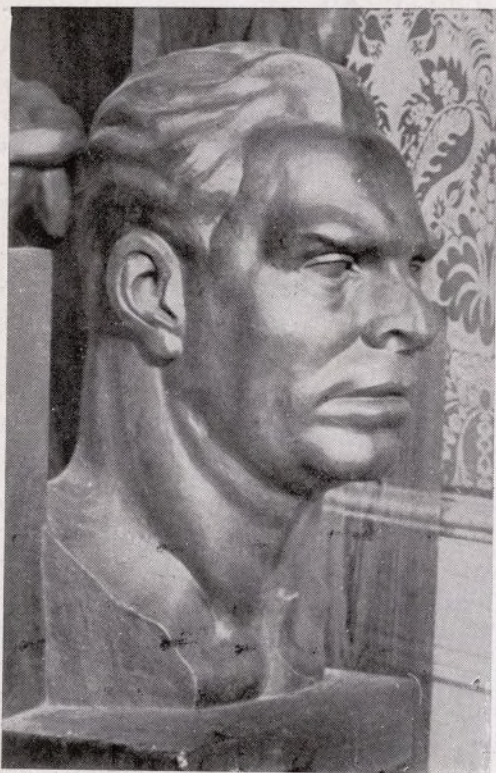
—¡Caballeros, vaya un crujío! ¡Como que hasta los platillos se me cayeron, y no me paraba yo a recogerlos así hubieran sido de oro!...

VI

En tanto que ésto pasaba, de entre los escombros del viejo paredón que, espectro de la noche, esparcía su medrosa sombra por la solitaria calle, se alzó la figura de un hombre, que no era otro que Salvador, y después de otear con sus penetrantes y vivos ojos en todas direcciones, acercóse cautelosamente a la reja próxima y dijo a María Ramona, que en ella estaba:

—Chiquilla, soy el gran inventor... ¡el gran inventor de sustos!—Y añadió ya junto a su novia, sin poder contener la risa—: ¡Y que van suaves!... ¡Cualquiera les habla a esos de reanudar la fiesta!

María Ramona reía y reía con el tintineo argentino de su vocécita fresca, y reían los claveles y geranios que adornaban la ventana enguirnaldando la graciosa cara de la adorada de Salvador, y hasta la luna que corriendo se escapaba de entre las nubes parecía reír y reír, bañando con su blanca luz de plata a la enamorada pareja, que hasta que el día entreabrió sus rosas por el oriente, estuvo junto a la reja comentando la hazaña y haciéndose p r o m e s a s de amor y felicidad.



El cincel del artista ha inmortalizado la expresión revolucionaria de aquel inolvidable luchador que se llamó Durruti.

Igual que todo, en la guerra el arte se modifica. Sufre contracciones. Es violento. La figura suave que se forja en la imaginación del artista, durante las épocas de paz, no es posible plasmarla, ni darle forma. El ambiente saturado de violencias y tragedias hace imposible que la imaginación reposadamente pueda crear ideológicamente, cuando la realidad monstruosa — ¡tiros, metralla y antihumanismo! — domina por completo al espíritu y engendra estados de ánimo que pueden tener consecuencias que en definitiva de-



La magnífica concepción del arte que tiene el escultor revolucionario inmortaliza las escenas de la guerra.

El arte en la guerra



riven hacia la concepción artística de tipo bélico, o hacia la indiferencia del artista, porque su concepción política le haga abandonar su arte para sustituirlo por la lucha. Por eso el arte en la guerra tiene matices esencialmente violentos. El primer plano de todas las obras que se hacen durante la guerra, está ocupado por los elementos útiles en ella, o por la reproducción de escenas recogidas de la propia vida que se lleva. La madre que cae asesinada con el hijo en los brazos. El tanque avanzando. La fila de bayonetas sostenidas por luchadores de caras contraídas por la ira, por el de-



Un compañero que supo hacer honor a su antifascismo... ¡Isabelo!

(Fotos Zamorano.)

seo del triunfo, por la conquista de lo que atacan. Estos u otros similares son los planos predominantes en el arte que se desarrolla en la guerra. Si acaso, las fábricas, los elementos de la producción, todo lo que significa progreso está situado en un segundo plano. Por ello en la guerra no predomina más que aquello que se caracteriza por el rasgo acentuado firmemente de las mismas escenas de la guerra. La realidad se copia con energía, y el momento que se vive es el inspirador del artista.

Aparte de las modificaciones que la escultura y la pintura han sufrido, por la mentalidad distinta de los artistas, hoy les sería a éstos imposible crear obras que tuvieran puntos de contacto con las que en la Escuela del siglo XVII, creada por Velázquez, se hacían.

Hoy el arte está influenciado por las circunstancias, y no se manifiesta—en la mayoría de los casos—más que recogiendo tragedias, infundiendo esperanzas o estimulando al combatiente. Los carteles, los grupos escultóricos, los bustos y, en fin, cuanto el arte abarca, sirven para fomentar la capacidad combativa, para exaltar la sensibilidad del luchador o para inmortalizar a los que cayeron por la revolución. Por eso, en contra del criterio de algunos, me permito afirmar que por lo que sirve para dar moral y para poder recordar el heroísmo de los que ya no veremos más, el arte juega en la guerra un papel muy importante.

M. T.



El trabajo que realiza el artista se basa en escenas recogidas sobre el terreno, en el campo de batalla. Los grupos alegóricos a nuestra Revolución toman forma bajo la mano del escultor.

Antamamiento de Madrid

¡ESPAÑA!

Una vez más cojo la pluma; una vez más miles de españoles leerán mis palabras (poco competentes, pero sí llenar de ardor y fe); algunos antiespañoles, algunos traidores, también...

Vaya para los primeros un abrazo sincero, abrazo de hermano de raza que hoy más que nunca se siente a él ligado por un mismo dolor: la sangre que vierte nuestra madre España. Para los segundos... también unas palabras, pero no de salutación, sino de desprecio y desdén, de odio y rencor. ¡Recójalas los infames, pues con ellas va el sentimiento de todo el pueblo español!

España lucha desde hace quince meses. España defiende su independencia desde hace quince meses... España va convirtiéndose poco a poco en ruinas, va perdiendo sus mejores hijos; España ve dolorida cómo la barbarie, la ignominia, el salvajismo, van colocando sus garras en trozos de su fértil suelo para hacer de ellos el comercio más innoble.

Pero, ¡ah, España! ¿Es que todavía no se han dado cuenta nuestros enemigos de lo que es capaz España cuando de defender sus justos intereses se trata? ¿Es que no conocen el heroísmo innato y sin igual de esta España? Yo quisiera aconsejar a quienes no lo recuerdan, que por un momento repasen nuestra Historia y mediten, mediten porque a este pueblo no puede vencerse fácilmente; a este pueblo es imposible derrotarle.

¡No olviden nuestros enemigos aquella fecha de 1808!... Napoleón hubiera podido llegar a ser el dueño del Mundo si no hubiera existido en ese Mundo un pedacito abnegado y sufrido, pero heroico y decidido: España. A España no pudo vencerla; en España se estrelló Napoleón, como se estrellarán hoy cuantos intenten destruir nuestro suelo.

Algunas provincias tienen nuestros enemigos en sus manos; algunas provincias gimen hoy de rabia y dolor, y esperan impacientes el momento de verse libres. ¡Lo conseguiremos! Yo os lo aseguro, ¡Venceremos! Venceremos, porque de nuestro lado está la razón, de nuestro lado está la justicia y porque en el ánimo de todo español está el sublime deseo de defender su libertad a trueque de los sacrificios que le imponga el conseguirla.

¡Un grito unánime existe en los pe-

chos de todos nuestros combatientes! ¡¡¡Venganza!!!

La victoria es de quien gana la última batalla. Derrotas y victorias de posiciones más o menos importantes, nosotros no las consideramos más que como simples balances de guerra; pero el triunfo final, el postrer balance, lo realizaremos con franco éxito. Nuestras ansias de triunfo, nuestra fé inquebrantable en él, así nos lo asegura.

El capitalismo, el ejército y el clero que siempre estuvo unido, hace quince meses que estrechó aún más sus lazos para dar el golpe definitivo a la cultura, la paz y el trabajo. Inútil

que, por su humanidad, por su conciencia, preferían continuar siendo esclavos antes de que sus derechos fueran conseguidos a fuerza de muchas lágrimas, de mucha sangre.

De nada les ha servido su temeridad... ¡Hoy España vierte abundantes lágrimas y sangre! ¡Hoy España vive en guerra!

España no podrá perdonar a sus traidores jamás la criminal acción que han cometido ni los raudales de sangre que está vertiendo como consecuencia de la misma. No estará de más recordar a nuestros enemigos que España es un país que puede y debe ser libre y que mientras nos quede un pedazo de tierra, lucharemos para conseguir esa libertad. ¡Ni España será una colonia extranjera, ni a Es-



UNA EXPOSICION.—En homenaje a la U. R. S. S., con motivo del XX aniversario de la revolución, el pueblo de Madrid regala al pueblo ruso objetos de guerra cogidos al enemigo. (Foto Zamorano.)

deseo, vano intento. El proletariado español, cansado de vejaciones, de sufrimientos, de esclavitud, sabrá defenderse de una vez para siempre, y conseguirá su justo y codiciado anhelo de libertad.

Cara a cara se encuentran por fin en España la justicia y la injusticia, lo humano y lo inhumano, el trabajo y el capital. Ansiado era este día por el proletariado español; ansiado y al mismo tiempo temido por el miedo de que su Patria sangrara por heridas que pudieran proporcionarle una probable guerra. Este temor ha atado durante muchos años a los explotados

paña podrá arrebatársela nadie su victoria! El Ejército español, este Ejército que ha nacido del pueblo, sabrá aplastar al invasor, fuere quien fuere.

¡Os habéis metido con España! Quizá si hubiera sido otro país hubierais conseguido vuestras locas ambiciones; pero habéis dado con España, ¡¡con España!! que la defenderán sus verdaderos hijos con ardor y tesón, con fe y valor.

ANGEL

LA UNIDAD ES EL CAMINO QUE
CON MAS RAPIDEZ CONDUCE AL
TRIUNFO :—: :—: :—: :—: :—: :—:

Ayuntamiento de Madrid

SECCION HUMORISTICA

Una equivocación...

En los tiempos en que yo viajaba, no por ser burgués, sino para ganarme la vida, me tocó salir para América y me embarqué en un vapor llamado *Columba*; no... no era el *Columba*, el *Buenos Aires*, no... no... tampoco; bueno, como es mentira lo que voy a decir, es igual. Pues bien; me embarqué en un buque, en el cual en dos de los camarotes que iban ocupados figuraban el número 13, que lo estaba por un pasajero andaluz, y el número 14 por un catalán.

Pasaron unas semanas de feliz navegación, y un mal día al catalán del camarote 14 se le olvidó respirar, y, claro, como es costumbre en alta mar, se coge a los fallecidos, se les envuelve en una manta y con un contrapeso se les arroja al agua para alimento de los inocentes tiburones.

El capitán del barco llamó a dos marineros y les dijo:

—El pasajero del camarote 14 acaba de morir; ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Marcharon los marineros a cumplir el encargo, presentándose al capitán al cabo del rato:

—Cumplida su orden, mi capitán; ya hemos tirado al mar al pasajero del camarote 13.

—¿Cómo al del 13? Os dije al del 14.

—Pues hemos enterrado al del 13.

—¿De manera que me habéis tirado a un hombre vivo y me habéis dejado allí el hambre? ¿Y ese hombre, cuando le ibais a tirar al agua, no reclamaba, no decía nada?

—Sí, señor; cuando íbamos a tirarle al agua iba diciendo que él no era el muerto; pero como era andaluz, y son tan embusteros, por si nos engañaba...

En el reconocimiento

En aquellos tiempos (de los cuales no quiero acordarme) hubo en una caja de reclutas un reconocimiento médico, y una vez compuesto el Tribunal, integrado por un teniente coronel, un comandante y el capitán médico, que era el que reconocía, se dio entrada en el Tribunal a los reclutas que tenían que ser reconocidos.

—Entre el primero—dijo el capitán médico.

Pasó el primero de turno y el médico le dijo:

—¿Qué alegas tú?

—Pues mire usted, mi capitán; que me duelen los riñones.

—¿Que te duelen los riñones? Al te-

niente coronel que está ahí le duelen los riñones y está sirviendo; al comandante que está ahí le duelen los riñones y está sirviendo; yo, capitán médico, me duelen los riñones y estoy sirviendo. Util... otro.

Entra el siguiente, y al preguntarle qué alegaba contestó:

—Yo, mi capitán, que tengo reuma.

—¿Que tienes reuma? El teniente coronel que está ahí tiene reuma y está sirviendo; el comandante que está ahí tiene reuma y está sirviendo; yo, capitán médico, tengo reuma y estoy sirviendo. Util... otro.

Pasó el de tanda, y el capitán, con mucha guasa, le preguntó:

—¿A tí qué te pasa? ¿Te duelen los riñones o tienes reuma?

—Yo, no señor; es que soy idiota.

—¿Qué eres idiota? El teniente coronel es idiota y está sirviendo... digo, no; tú no sirves... vete "pa" casa.

Menos tiros

Ingresó un muchacho en el servicio militar y fué destinado fuera de Madrid.

Durante el período de instrucción, el padre recibía repetidas cartas de su hijo, en las cuales le hacía peticiones de dinero para cartuchos, pues según decía estaba en ejercicio de tiro y tenía que pagar los cartuchos.

El padre, un buen hombre, todo se lo creía, y, como no tenía dinero, hacía frecuentísimas visitas a sus amistades y después de sablearles, enviaba el dinero a su querido hijo.

Las cartas eran cada vez más asiduas y las peticiones mayores, y un día el padre recibió la siguiente:

—Querido padre: Estoy en un ejercicio especial de tiro y necesito mil reales para tirar mil cartuchos, pues ya sabe usted que valen a real cada uno; además soy un buen tirador, pues de cada tiro hago un blanco."

El padre, ya muy mosqueado, le contestó de la siguiente forma:

—Querido hijo: Estoy muy conforme con que seas un buen tirador y de cada tiro hagas un blanco, pero yo estoy negro, y como cada vez que me haces una petición de dinero tengo que pedirlo prestado, me he dado cuenta de que entre tú a tiros y yo a sablazos, vamos a terminar con España."

Ayuntamiento de Madrid

Una conversación con el pequeño camarada teniente X

En un estrecho despacho, más parecido a una pocilga que a otra cosa; todo en desorden y más sucio que los pies de un gitano, se encuentra sentado en una desventajada silla el teniente X.

Cuando entro en la angosta habitación me encuentro al teniente X hurgándose las narices y cantando un fandanguillo.

—¿Qué hay?—le pregunto.

—¿Cómo?

—¿Que qué hay?—le respondo más fuerte.—¿Es que no me oye?

—¿No sabe usted que soy teniente?

Me doy cuenta enseguida que es teniente por todos los estilos y comienzo mi conversación.

—¿Cómo se llama usted?

—Lo mismo que ayer.

—¿Edad?

—Tengo cuarenta años; pero voy para diecisiete...

—¿Eh?

—Que voy para diecisiete que estoy sordo como una tapia.

—¿Ingresó usted voluntario en el Ejército?

—Pues verá usted; yo tengo un tío en Alcalá; pero me crié en Trijueque.

—¿Encontró usted dificultades en su nuevo empleo?

—No, señor; el cine me gusta poco; pero en cambio, soy admirador de Greta Garbo.

Por lo visto, su sordera se acentuaba cada vez más y yo estaba más nervioso que un filete de caballo.

—¿Tiene usted muchos camaradas ayudándole en su trabajo?

—Estuve propuesto para capitán; pero debido a mi pequeña sordera me quedé en teniente.

—¿Qué orientaciones tiene para el porvenir?

—¿De amores, dice usted? Pues no me he enamorado nada más que una vez; pero lo dejé, aunque estaba por ella más "co-lao" que el café de una fonda.

Ya no pude aguantar más, y, sin despedirme del teniente, salí corriendo del despacho, y cuando me dí cuenta estaba en la redacción del periódico poniéndome una inyección de morfina.

EL CORRESPONSAL

LA JUVENTUD, EN SU MAYORIA, SIENTE EN EL MUNDO CON NOSOTROS, LOS JOVENES ESPAÑOLES, QUE LUCHAMOS CONTRA EL FASCISMO :—: :—: :—: :—: :—: :—: :—:

A JOSELE

Las simplezas de Josele se referían por todo el pueblo, pasaban las fronteras de otros lugares donde también eran celebradas, y algunas recogerá la posteridad para regocijo y solazamiento de más venturosas generaciones. Josele, a quien también solían llamar Joseico Chinas, era un muchacho de veinte años, de regular estatura, moreno, de pelo y ojos negrísimos, aunque en éstos la luz no tenía destellos, delatora, quizás, de la falta de meollo del singular pueblerino. Se califica de singular, porque a pesar de su tontería o quizás por ella, Josele era en todo el pueblo la figura más simpática, de más popularidad, y hasta se recuerda allí cómo en varias ocasiones vinieron gentes de otros lugares a buscar al célebre tonto, con motivo de alguna sonada fiesta en las que el simplonazo era un paladín. No había, en efecto, en toda la comarca, quien tocase los platillos como lo hacía Josele. Cantaba medianamente, pero su ya dicha habilidad y sus frecuentes golpes de gracia eran justificación de la fama que alcanzara, no sólo en aquel lugar, sino en las aldeas vecinas, de varias leguas a la redonda. Particularmente las mocitas, las jóvenes casaderas y hasta la que empezaba los chicoleos con la gracia peculiar de las andaluzas, no había una en todo el contorno que de mentirijillas no fuese novia del simpático simplón. Ya se comprenderá que estas relaciones, puramente "pretónicas" como decía la hija del alcalde, no tenían otro fin que reír con las sandeces y chocarrerías picantes de las que Josele era un arsenal. Había en el pueblo una niña guapa, pizpireta y con mucha labia, con la que el mozo enhebraba largos paliques, entusiasmado con el salero que la moza derrochaba. Respondía esta andaluza al nombre de Carmen, pero ni era sevillana ni era morena. Más bien parecían escritos a su gallarda persona aquellos versos del clásico:

Era blanca su faz, rubio el cabello,
grandes los ojos centros de la vida,
tímido su mirar, boca encendida,
las manos frescas flores, nieve el cuello...

Pues la tal rubia sandunguera, hablando un día con nuestro hombre, mientras hacía con primor una complicada labor de encaje, le soltó esta rociada desconcertante: "Esto se va



La metralleta extranjera hace mella en los muros, pero no en los ánimos de los madrileños. (Foto Zamorano.)

a terminar, Joseico Chinas; los mozos enamorados han de mostrarse rendidos ante las niñas de su querer: y tú, Josele, eres orgulloso. Te sientes tan pagao de tus jechuras que hasta tenemos que agradecerte que nos mires con amor. Y eso no va con la Carmen... ¡ni mucho menos! Como que pa camelá este cuerpo mío hay que vení de roillas, y sobre tó, sobre tó, ¡entérate bien, Josele!, diciéndome cosas dulces... Toda la tarde anduvo Josele, exarcebada al extremo su tontería, pensando en la guapa Carmen y en la manera de conquistar el amor de la muchacha. Y como una letanía de la que no pudiese apartar su imaginación, repetía mentalmente la admonición amorosa... "hay que vení de roillas, y sobre tó, sobre tó, diciéndome cosas dulces..." Aquella noche, como domingo, habían de salir los mozos en la parranda, a dejar coplas de cariño junto a las ventanas de las mozuelas. Y allí estaba Josele con sus platillos, repicando con tal brío los redondeles de bronce, que daba gozo verle la cara, en la que el entusiasmo casi borraba la expresión de simplicidad. Pero el general asombro, aunque nadie se extrañaba de estas "salidas", fué cuando llegó la fiesta a la ventana de Carmen, la salada mocita de nuestro cuento. Allí fué de ver al gran Joseico, con las rodillas clavadas en los guijarros del santo suelo, animando a los fiesteros con sus olés entusiastas, y cumpliendo exactamente la condición exigida por la muchacha

cha para ser digno de su amor. Antes de que el tocador marcase con la guitarra la señal de despedida, regocijose la reunión con la copla de Josele. ¡Ahora se iba a enterar Carmen si él la sabía decir palabritas dulces! Y cantó al son del fandango:

De la cabeza a los pies
eres un terrón de azúcar:
bendita sea la madre
que te crió tan dulcísima...

Descompúsose la fiesta: hubo alguno de los mozos que cayó redondo al suelo en un ataque de hilaridad, y en los hierros de la reja quizás dure todavía la vibración de la carcajada que se escapó del pecho de Carmen.

RUTOCO

LUCHAR INCANSABLEMENTE POR EL TRIUNFO DE NUESTRA CAUSA, POR LA CONSOLIDACION DE NUESTRA REPUBLICA, NO SOLO SIGNIFICA PARA NOSOTROS FORJAR Y ESCULPIR EN SANGRE LA NUEVA PATRIA, SINO CONTRIBUIR AL APLASTAMIENTO DEFINITIVO DEL FASCISMO INTERNACIONAL, QUE ES TANTO COMO DECIR, LA CIVILIZACION Y LA PAZ, EL BIENESTAR Y EL PROGRESO A QUE CON OJOS DE ANSIAS PROFUNDAS ESTA MIRANDO LA HUMANIDAD :-: :-: :-: :-: :-:

Conferencia de oficiales y ejercicios sobre el plano

La presente guerra, llevada a cabo por nuestro Ejército potente, de gran moral y de inusitado valor, nos ha hecho meditar infinidad de veces sobre la imprescindible necesidad de disponer de cuadros de mando competentes. Esta necesidad hoy ya no existe, ya que podemos decir que a pesar de que muchos de dichos cuadros están formados por personas sin vocación alguna a lo militar, y todos ellos, sin excepción, han salido del pueblo, nuestros mandos han sabido sobreponerse a sí mismos y ya unen a sus heroicidades una competencia en la profesión muy superior a la que se decían tener los "señoritos" que salían de las Escuelas de que disponía nuestro anterior Ejército.

Hoy día nuestros jefes y oficiales no conocen más que muy superficialmente los ratos de ocio, ya que los que que tienen libres los dedican a capacitarse lo más posible, con objeto de conducir su fuerzas no sólo con el ejemplo de su valor, sino con su bien cimentada cultura militar.

¡Plausible labor la de este Ejército del pueblo! ¡Envidiable espíritu del que disponen estos hombres que lo dirigen! Han sabido percatarse de que un buen jefe u oficial no solamente necesita una vocación decidida y un corazón valeroso, sino que precisa también una constancia incansable en su perfeccionamiento cultural, físico y psíquico.

Conocida es la utilidad de las conferencias y ejercicios de oficiales. Así como a la tropa se la capacita para que pueda realizar su labor lo más perfecta posible, es necesario que no se olvide tampoco la capacitación de la oficialidad. Esta la conseguiremos precisamente por medio de conferencias y ejercicios sobre el plano.

Cada unidad debe tener establecido este servicio, nombrando un director que será el encargado de organizarlo. Estos ejercicios permitirán a jefes y oficiales percatarse de muchos de los innumerables problemas que la guerra presenta; por medio de ellos conocerán las características del terreno, los apremios del tiempo, el calcular el qué tardarían en cumplimentar una orden recibida a una hora determinada; se permitirá toda clase de iniciativas, desde la forma de abordar una posición, hasta el estudio de los em-

plazamientos de piezas, máquinas o fusiles ametralladores, depósitos de municiones, centros de información, de transmisiones, observatorios, etcétera. Estos ejercicios responden a un principio de economía de esfuerzo y de dinero.

Como complemento de los mismos se llevarán a cabo conferencias de cuerpo y guarnición, con las cuales puede aprenderse o divulgarse los reglamentos, procedimientos de tiro, importantes adelantos técnicos, información sobre las demás armas y cuerpos, etc.

Para llevar a efecto esto que pudiéramos llamar Cursillos de Ejercicios sobre el Plano, habremos de tener en cuenta:

a) Elección de Director y sus auxiliares.

b) Redacción de un programa determinado que habrá de desarrollarse.

1.º Su duración.

2.º Si ha de constar de período preliminar de lectura de planos, estudio de reglamentos, resolución de los casos sencillos y redacción de órdenes, partes, conferencias, etc. Ejercicios que han de constituirlo y nombramiento de ejecutantes.

c) Planteamiento del tema o de los temas que constituyan el cursillo

d) Resolución del tema o de los temas.

e) Juicio crítico. — Comprobación sobre el terreno.

No hay que olvidar que una cuestión táctica se resuelve casi matemáticamente, como un problema. Existen datos e incógnitas. De la forma en que establezcamos las relaciones que ligan a unos y a otros, depende que la resolución sea acertada o falsa.

Los capitanes de todos los tiempos, los guerrilleros audaces y afortunados de nuestra Independencia eran hombres que veían claro y sabían decidirse rápidamente. Esto puede conseguirse en gran parte con la práctica repetida de las Conferencias de Oficiales y Ejercicios sobre el Plano.

YEPES

LA HUMANIDAD ESTA PENDIENTE DE NUESTRA GUERRA. LOS TRABAJADORES NO DESCONOCEN LA TRANSCENDENCIA DE NUESTRO TRIUNFO Y CONFIAN EN NOSOTROS. VENCiendo AL FASCISMO EN ESPAÑA, NI ALEMANES NI ITALIANOS PODRAN PROVOCAR UN CONFLICTO BELICO EN EL CONTINENTE, SALVAR A NUESTRO PAIS EQUIVALE CASI A SALVAR A EUROPA



La Caballería republicana hace instrucción.
Ayuntamiento de Madrid

(Foto Zamorano.)

El transporte y la guerra

A los compañeros del Cuerpo de Tren.

Esta es la primera vez que escribo para vosotros, y tengo que felicitaros por vuestra actuación y buen comportamiento en beneficio de la causa. No todos se dan cuenta de la esclavitud que pesa sobre los que conducís vehículos de gasolina, pues este trabajo tan continuo que desarrolláis, no es comparable con nada; tenéis que trabajar sin voluntad propia como autómatas, siempre mandados por unos y otros. Si los que mandan no son capaces, ¿qué será el resultado? ¿Que se destruya el trabajo? ¿Que se destruya el trabajo? ¿Que se destruya el trabajo?

Qué sería la guerra sin vuestro esfuerzo; cómo podrían mover de un lado para otro esa cantidad de hombres que la lucha precisa. A

Podéis decir que sin vuestro esfuerzo, todos los luchadores no serían capaces de desarrollar el trabajo máximo que requiere el poder suministrar todo lo que se necesita para combatir: víveres, municiones, armamento y las demás cosas que se precisan; todo esto lo tenéis que transportar; con el ánimo resuelto y el orgullo del deber cumplido conducís vuestros automóviles a los sitios de más peligro, y sin pensar en recompensas, que muchos merecéis. E

Demasiado sabemos cómo se han portado muchos que perdieron la vida en el cumplimiento de su deber, que han hecho actos de heroísmo que para muchos pasaron desapercibidos, pero que quedarán grabados con letras de fuego en los anales de la Historia. Entre nosotros tenemos Jefes que han vivido antes de la guerra del volante, y que en lo

militar son hombres inteligentes que llevan esta organización como debe llevarse por su experiencia entre los trabajadores de este ramo, orgullosos estamos por esto, pues nos bastamos y sobramos para todo lo que se relacione con el Transporte.

Creo también, dado el número tan considerable de profesionales que existen, que no debieran de pertenecer al Cuerpo de Tren personas ajenas a esta profesión, y las que ingresen deben ser examinadas rigurosamente, y así no pasaría lo que pasa, ya que ese destrozo tan grande que se hace por manos inexpertas se podría subsanar.

Hay que obligar por medio de castigos severos a muchos ignorantes sin conciencia, que cometen atropellos por el mero hecho de creerse irresponsables; esto es un absurdo, pues en defensa de la causa todos tenemos responsabilidad.

Se debe de organizar rigurosamente la circulación por poblaciones y carreteras, pues por el mero hecho de conducir un automóvil no se tiene ningún derecho sobre los demás. L

También llegó la hora de hablar de varios individuos que no sienten la causa, y que, basados en que pertenecen a una sociedad sindical, cometen varias anomalías, sin pensar que no sólo se perjudican ellos, sino también a sus compañeros, y a éstos les digo: qué culpa tenéis vosotros para sufrir a estos parásitos de la sociedad. Hoy no se debe de pensar vivir de la explotación del ideal; hoy más que nunca, y en estos momentos críticos, debemos de pensar que no trabajamos para un patrón, y sí que nos debemos con el esfuerzo máximo a la guerra, y también pensemos que el que escatima su esfuerzo y su trabajo por la causa no tiene ningún derecho para ser amparado por las sociedades sindicales, pues éstas sólo se organizaron para amparar y proteger al obrero trabajador y al explotado y no al que se cree que es un obrero y es un gándul, que quiere vivir explotando la causa.

Compañeros, luchadores, no os dejéis engañar por estos individuos, y echarlos de vuestro lado; cuando os

Ayuntamiento de Madrid

digan que se ha cometido alguna anomalía con ellos, debéis de haceros juez y parte y legislar si es verdad todo lo que dicen, pero convencerlos por vuestros propios ojos, porque éstos son peor que los fascistas.

Os recomiendo a todos unión, disciplina, mucha disciplina y compañerismo, y sólo así conseguiremos eso que todos anhelamos con tanta ansia: ganar la guerra y derrotar al fascismo.

¡Viva la organización del Cuerpo de Tren!

¡Viva la República!

EL SARGENTO GOMEZ

Del Cuerpo de Tren.

El cuento de las Mil y una noches.

Quince meses de guerra y aún no se ha decidido en concreto la solución de esta masacre humana. Con avidez leemos todos los días la Prensa, y en el aspecto internacional no se cambia el disco: reuniones, consultas a altos personajes, aplazamientos y nuevas fórmulas, que de antemano se tiene la impresión de su fracaso. Cuando simplemente, por medios diplomáticos, quieran rendirse a la evidencia esas naciones que se creen muy fundadamente el "coco" de Europa, no será necesaria la "no intervención". ¿Para qué? Si lo único que faltará es que nos embalen Berlín y Roma y trasladen su residencia a España.

Solamente teniendo una memoria prodigiosa puede uno retener en la imaginación la interminable relación de tantos grandes hombres que han metido "basa" en este asunto. Las consecuencias de tanto hablar las está pagando nuestra querida España, pero no hay que ser pesimistas; esperemos confiados, y es probable que de la discusión nazca la luz, y entonces, en suscripción popular, recaudaremos, para elevar un monumento a esa Sociedad de Naciones, con una inscripción que diga: "A los heroicos defensores de la paz universal, que después de estar discutiendo 470 días, pudieron sacar en claro que España estaba invadida por extranjeros, y solemnemente acordaron la NO INTERVENCION."

J. LIÑAN DEL PINO

Transmisiones.

Visado por la censura

MIENTRAS EN SUELO ESPAÑOL
SUENE RUMOR DE VOCES EXTRA-
ÑAS NO HABRA UN HOMBRE SIN
FUSIL NI UN CORAZON SIN ESTA
CONSIGNA: "¡PENA DE MUERTE AL
TRAIDOR: VIVA LA LIBERTAD!"

Manera de limpiar la trinchera

Una vez fuera de combate los visibles, hay que buscar a los enemigos ocultos.

Los tiradores de fusil ametralladora tomarán posiciones más allá de la trinchera, para cubrir la limpieza y la puesta en orden de todo.

El resto de la Infantería examinará rápidamente la trinchera, buscará las entradas a los abrigos para lanzar allí granadas y comprobará que los enemigos echados por el suelo están heridos o muertos.

Se llamará a los encargados de la limpieza para que la continúen en los abrigos en los que se defiende el enemigo, y se les entregarán los prisioneros.

Las clases cuidarán de que no sea olvidado ningún punto de la trinchera.

Manera de volver a formarse después de conquistada la trinchera.

Una vez limpia la trinchera, se atravesará y se tomarán posiciones algunos metros más allá, para volver a formar en línea la ola de asaltantes.

Se abrirá fuego, si fuera necesario, sobre la trinchera siguiente o sobre los contraatacantes.

Reglas que deben observarse.

Se prohibirá bajar a las trincheras profundas, para evitar que alguien tenga la tentación de quedarse en ellas sin volver a salir.

Se avanzará, se combatirá y se harán las paradas en los terraplenes (exceptuando los encargados de la limpieza).

No perder ni un minuto en las operaciones de limpieza y de organizar de nuevo la formación, para no dejar que el fuego protector de la artillería avance más rápidamente, separándose demasiado de la columna de ataque.

3.—Manera de proseguir el avance.

Cómo se avanza siguiendo al fuego protector de la artillería, que a su vez avanza también.

Una vez vuelta a formar rápidamente la columna de ataque, se sale nuevamente, siguiendo al fuego protector de artillería a 100 metros de la últimas explosiones.

Hay que tener cuidado con las piezas a las que por error les salga corto el tiro, apartándose de la zona batida por ellas.

Si fuera posible, se completará la barrera de protección con tiros de fusil y lanzando granadas cuando el terreno esté muy removido, tirando sobre los claros de la barrera de protección constituido por el fuego de artillería, y sobre el espacio comprendido entre la barrera y la columna de ataque, para impedir que el enemigo haga su aparición en este espacio.

Se avanzará a la carrera siguiendo la barrera, para evitar todo lo posible la metralla que se proyecte hacia atrás y los tiros del enemigo.

Hay que evitar el avanzar al paso.

Manera de limpiar el terreno sobre la marcha.

Cada hombre examinará a su paso las excavaciones que puedan ocultar a un ene-

migo, así como los abrigos situados en las proximidades del itinerario. Los que estén cerca de una trinchera en zig-zag, la bordearán y examinarán, para desalojar de ella a los enemigos que intentaren permanecer allí.

Manera de realizar el cuerpo a cuerpo.

1. En qué condiciones puede tener éxito el abordaje.

En primer lugar, se ha de procurar introducir el desorden en el enemigo, asaltándole por sorpresa, barriéndole mediante descargas cerradas o diezmándole.

Además, hay que impedir que dispare en el momento del abordaje, para lo cual es necesario lanzarse sobre él antes de que tire, y obligarlo a mantenerse escondido por los disparos de los que avanzan y por los de los grupos fijos.

Cuando sea posible, hay que atacar al enemigo por el flanco, procurando dificultar a la línea enemiga el tiro de través, mientras que el asaltante podrá actuar en marcha con casi todas sus armas y con tiro oblicuo o de enfilada. Los tiradores enemigos situados en las alas, viéndose aislados e inferiores en número, se retirarán ante el choque y producirán el desorden entre el resto de la tropa.

2.—Cuándo puede intentarse el cuerpo a cuerpo sin disparar.

Cuando la línea enemiga no cubierta por defensas accesorias esté situada a menos de cincuenta metros. Se escogerá para el ataque un momento favorable (larga calma, horas de la comida, tiempo lluvioso). Hay que lanzarse sobre el enemigo en menos de 15 segundos, sin correr, sin embargo, el riesgo de otros disparos que los de los centinelas.

La sexta columna

(Viene de la página 16.)

que se ven en la retaguardia, y a veces en las líneas de fuego, que quizás la bala disparada por un fusil enemigo; a nuestro Ejército le perjudica más el caos profundo, que algunos pretenden ahondar entre los distintos sectores que componen la sociedad antifascista, que toda la solidaridad que puedan prestar las naciones fascistas; a nuestra causa le perjudica más esa falta de comprensión de los problemas capitales de la guerra, como son: el Mando único, el aceleramiento de una potente industria de guerra, el reconocimiento y capacitación de los verdaderos valores; en una sola palabra, el afianzamiento, consolidación de la trayectoria del Frente Popular, que todos los fanfarrones de Franco y su camarilla.

A Asturias no se la vindica con un gesto estéril, de alzamiento de puños;

no se la venga con cuatro palabras alisonantes y huecas desde los diarios; se la liberta con la profunda convicción de que la unidad de todas las fuerzas antifascistas es el paso decisivo hacia la victoria; de que los chantajes y política de zancadillas es un microbio del cual está inmunizada nuestra sociedad; de que las constantes intrigas de la sexta columna ya no tienen la razón de existir en las filas del glorioso Ejército Popular. Así es como en Asturias volverá el rojo amanecer, de que nos habla Matilde de la Torre, a cobijar bajo sus colores de libertad al minero que desciende a las entrañas de la tierra; al labriego que cultiva y fertiliza los campos con el ansia inmensa de un vivir mejor; al niño que juguetea en el patio de la escuela; al anciano que decrepita en la senectud; al pájaro que canta en la arboleda; a la Naturaleza entera, que gime y llora bajo el látigo salvaje y cruel del invasor que ha profanado sus lares. ¿Será estéril la sangre de tantos y tantos hermanos nuestros caídos para siempre en la brecha del deber? No, y mil veces no, nos dice nuestra seguridad en el triunfo futuro. Pues bien, hagamos, aunque sólo sea por una vez en la Historia del pueblo español, que las viejas reminiscencias de la caduca sociedad, ya no tienen carta blanca entre las filas del Ejército del Pueblo; es decir, que las insidias, los enconos, las discordias, etcétera, etc., han desaparecido para siempre de "esa piltrafa inmunda", como nos decían los capitalistas; hagámosles ver que somos capaces de los sentimientos más nobles y más dignos que hay en el hombre, como es la venganza justa del que ha sido avasallado por la fuerza brutal del poder superior; hagámosles ver que seremos capaces de vindicar al pueblo asturiano, haciendo de nuestra unidad un mazo potente que sea capaz de sepultar para siempre entre el incendio que ellos han levantado al verdugo eterno del proletariado.

MAURICIO LASECA

NI ALEGRÍAS INCONSCIENTES, NI PESIMISMOS COBARDES; TESÓN PARA SOSTENER LA LUCHA Y LA RAZÓN HA DE ABRIRSE PASO. CON DISCIPLINA Y MORAL Y UNA FE INQUEBRANTABLE EN NUESTRO GOBIERNO, TODAS LAS PROSPERIDADES DEL PORVENIR SERÁN PARA LA REPÚBLICA. ¡VIVA EL FRENTE POPULAR!! —: —: —:

Noticias de última hora

EN LA GUERRA, EL SENTIDO DE
LA CAMARADERIA ADQUIERE SU
MAXIMO VALOR. LAS AMISTADES
QUE SURGEN DENTRO DE LA
GUERRA NO SE OLVIDARAN,
AUNQUE AL FINAL HAYA QUE
SEPARARSE :-: :-: :-: :-: :-:

Ayuntamiento de Madrid

Tomaron parte en las deliberaciones León Blum, Faure, Dormet, Oriol y Monnet.

La sexta columna

No hace muchos días, en la España republicana ha resonado un grito de reprobación a nuestro temperamento y a nuestra psicología latina. Cada cual de nosotros sabía en su interior que una de las causas, quizás la causa formal de la pérdida de Asturias y

del Norte, radicaba precisamente en nuestro temperamento, en nuestra idiosincrasia quijotesca, en nuestras rivalidades y luchas intestinas; pero nadie se atrevía a declararlo, ha sido preciso que la máxima personalidad de la guerra, el propio ministro



Un lanzador de barra. Un soldado que educa los músculos cuando la guerra lo permite. (Ayuntamiento de Madrid. Foto Zumbano.)

de la Guerra nos echara en el rostro, para nuestro propio escarnio ante el mundo que nos contempla, que la pérdida de Asturias ha tenido dos causas: la falsa solidaridad internacional y nuestra inconsciencia, nuestra apatía, nuestra política de zancadillas y tropiezos; en una palabra, los manejos de la sexta columna.

Ahora ya lo sabemos y lo sabe todo el proletariado mundial, hemos perdido Asturias por una causa verdaderamente vergonzosa, por nuestra falta de unión. Todos estamos profundamente convencidos que si no volvemos a los sentimientos que nos animaron en los comienzos de esta guerra, aquellos días en que nadie preguntaba al que luchaba a su lado si era comunista, socialista, anarquista o republicano, sólo le importaba saber que era antifascista, y esto bastaba; aquellos días en que todos los corazones latían a un solo impulso: aplastar a la hiena fascista; en que cada uno de nosotros era un monumento sublime, grandioso; en el que una sola aspiración y una sola bandera nos cobijaba bajo sus rojos pliegues; sufriremos unas consecuencias tan terribles como las sufridas por el heroico pueblo asturiano. Ha llegado el momento decisivo de esta historia épica; ha sonado la hora en que las batallas decisivas serán el proemio de esta gesta, y sino estamos estrechamente ligados, unidos, pero no con una ligazón palabrera y superficial, sino con la convicción profunda, emanada de una experiencia tristemente aleccionadora, el proletariado mundial nos reprobará y nos echará en cara el anatema del vencido por las discordias intestinas, por las disidencias absurdas y estúpidas.

Camaradas que luchamos, menos palabras, menos sabotajes de unos partidos u otros, menos tirantez de odios que tienden a un mismo fin, y más convencimiento y persuasión de que es absolutamente necesario la identidad de sentir y obrar para afianzar más cada día el programa del Frente Popular, camino único, guía indispensable para una victoria definitiva. He dicho antes que menos sabotaje de unas organizaciones a otras, he aquí precisamente el punto flaco de los manejos de la sexta columna. A nosotros, a las filas del glorioso Ejército Popular le perjudica cien veces más esas constantes divergencias

(Continúa en la página 14.)

Imprenta de la 38 Brigada.